

La tiranía de la aritmética

La tarea del gobierno dirigida a restaurar su credibilidad tuvo un gran comienzo con el discurso del Presidente del Banco Central en ACDE el 11 de mayo; pero así como la semana pasada destacábamos la importancia de las declaraciones, y sobre todo de las explicaciones, del Presidente Puppo en aquella ocasión, hoy tenemos que enfatizar que todo ello, como no podía ser de otra manera, no representó más que el comienzo de una tarea que está llamada a ser ardua y prolongada.

El gobierno se halla rodeado de un cinturón de escepticismo. Los agentes económicos se resisten en gran proporción a creer que el programa concertado con el FMI constituya realmente la expresión de la política actual, más bien que un expediente para salir del paso. Se les antoja que ese programa es asimilable a la subida a un escarpado monte, iniciada con energía en medio del aire vigorizante de la madrugada, pero destinado a cambiarse por una siesta bajo los árboles cuando el calor empieza a apretar (la proximidad del tiempo electoral desempeñando el papel de los rayos solares) y, lo que es más pertinente aún, cuando numerosos montañistas vayan quedando, uno tras otro, por el camino.

Los representantes de los caminantes exhaustos no cejarán en su esfuerzo de persuadir a los jefes de ruta que el esfuerzo de la escalada es vano y debe abandonarse. Y claramente no es bastante que desde la conducción se afirme alguna que otra vez que la cima es un objetivo indeclinable. Se necesita un trabajo sistemático en ese sentido, como contrapartida del trabajo sistemático que incesantemente cumplirán los que abogan por el abandono de la marcha.

Más o menos simultáneamente con el discurso del Cr. Puppo la Cámara de Industrias difundió un documento que, por medio de una encuesta, muestra que la situación económica es mala, cosa que nadie duda, y que las previsiones de los empresarios son pesimistas (menos en realidad de lo que nosotros habíamos pensado), encima de lo cual, sin ningún apoyo en tales datos, formula propuestas para que, inter alia, se reduzcan ciertos impuestos y se emitan

billetes de banco para redescantar efectos comerciales; lo primero, basándose implícitamente en una curva de Laffer de conformación fantasiosa, y lo segundo postulando un aumento de la demanda por dinero, cuando de hecho es elemental que el único cambio posible con semejante política en la demanda por dinero sería una contracción de proporciones colosales.

El gobierno tiene que montar una organización para enfrentar esta clase de planteamientos de manera continua, como si se tratara de brindar seguridad contra la contaminación ambiental. En realidad se trata precisamente de eso mismo, de reducir la contaminación del ambiente intelectual en materia de propuestas de política económica, que amenaza con arrojar índices incompatibles con la salud del organismo nacional.

Un problema mucho más difícil que el documento de la Cámara de Industrias es el que plantean desde tal punto de vista las declaraciones formuladas a la prensa por el Presidente de la Federación Rural, Cr. Enrique Braga, en cuyo transcurso sostuvo que "es necesario dar tranquilidad al productor, terminar con las ejecuciones (judiciales), terminar con todo el panorama jurídico que está girando en torno a las situaciones generadas por el endeudamiento". Es más difícil, como decíamos, el problema que estas declaraciones plantean, porque siempre será más fácil para el gobierno enfrentar un enfoque económico, aunque no sea tan endeble como el que ha formulado la Cámara de Industrias, que un cuadro de angustia humana como el que, con elocuente sobriedad, deja entrever el Cr. Braga.

No obstante la dificultad es de índole emocional, según se mire, política, no conceptual. El discurso del Presidente del BCU contiene la respuesta de todos los planteamientos posibles, incluso los que derivan su particular fuerza de la zozobra de los deudores, en cuanto asentó firmemente su tesis en las rigideces, notoriamente inhumanas, de la aritmética. Por más que ello brindara sosiego a incontables individuos, no podemos hacer que dos y dos sumen cinco; y mientras la adición se obstina en esca-

timarnos esa quinta unidad vital, que tanto consuelo podría prodigar, seguiremos viéndonos impedidos de repartir más recursos de los que poseemos.

Suspender las ejecuciones sería cosa buena, sin asomo de duda, si pudiéramos decretarla sin frustrar los derechos de los acreedores. Y si frustramos los derechos de los acreedores, que son bancos, si introducimos en sus cartteras una debilidad radical, afectaremos decisivamente la capacidad de las instituciones para hacer frente a sus pasivos. La simple amenaza de que podamos interrumpir el proceso legal por el que los bancos procuran hacer efectivos sus créditos está alentando el retiro de los depósitos del sistema, y poniendo en peligro su estabilidad. La mera perspectiva de que en definitiva se resuelva sepultar el endeudamiento bajo un alud de inflación está haciendo que las tasas de interés se mantengan a sus desmesurados niveles. Implícitamente, ello está manteniendo deprimidos los precios de los activos, de los campos y sus mejoras agropecuarias muy particularmente, y obstaculizando el ajuste que muchas empresas podrían llevar a cabo reduciendo a la vez activos y pasivos.

El carácter circular del problema es indudable. Nosotros creemos que toda alternativa a la senda de disciplina que el gobierno ha tomado sería catastrófica, inclusive para el sector agropecuario en su conjunto, tal vez hasta para todo sistema basado en la propiedad privada, pero admitimos que ello pueda controvertirse. En cambio, nos parece la verdad más patente que, si en definitiva la senda de disciplina va a ser recorrida, las dudas respecto de que ello será el caso en definitiva están contribuyendo de manera importante a obstaculizar el progreso en tal dirección. Por ello la tarea que se nos representa como principal en el quehacer del gobierno, si es que su voluntad de persistir en el rumbo trazado es tan inquebrantable como han sostenido sus voceros, consiste en la repetición tenaz, ante cada nuevo planteamiento, a cargo quizá de una Dirección General de Aritmética, básicamente del mismo argumento: si los recursos que tenemos suman cuatro, no podemos repartir cinco.